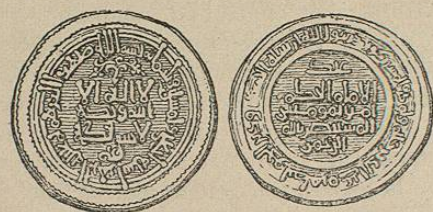


diendo á menudo, como puede observarse, que algunas partes de un todo no se armonizan con las demás, como cuando, por ejemplo, emplearon capiteles que no corresponden al cuerpo de las columnas que coronan y otras anomalías por el estilo. Solo con el tiempo y paso á paso se introdujeron en las construcciones el órden y la regularidad, si bien siempre ha quedado dominante la tendencia tan propia del génio árabe á ostentar una riqueza variada que se complace en brillar hasta en los mas pequeños detalles, sin buscar grandes efectos en las líneas extensas y severas. Esta tendencia dió lugar á la abundancia variada de la ornamentación. Los arcos, que para nuestra arquitectura son un medio de construcción importante y casi capital, son para la árabe frecuentemente solo un medio de ornamentación principalmente entre columna y columna, sin que tengan nada que sostener, por cuyo motivo los fabricaron muchas veces simplemente de estuco, dándoles las formas mas caprichosas,



Dirhem de Hakam II del año 351 de la égrira (962 de nuestra era)
Anverso.—Inscripción central: «No hay mas Dioses que Allah; no tiene compañero.» Inscripción circular: «Este dirhem está acuñado en nombre de Allah en la ciudad de As-Sahra, en el año 351.»

Reverso.—Inscripción central: «El iman El-Hakam, señor de los creyentes, El-Mustansir-billah.» Encima de esta inscripción dice: *Abd* y debajo *Er-Rahman*, que juntos forman el nombre Abderraman, que será el del director de la Zeca ó casa de moneda. Inscripción circular: «Mahoma (es) el enviado de Allah, que con él ha enviado el guía y la religión verdadera, para hacerle jefe de la religión, á despecho de los idólatras.»

puramente decorativas (1), como en las bóvedas las imitaciones de estalactitas. Los suelos eran preferentemente mosaicos, que también se empleaban en la decoración de las superficies murales, como ya en la gran mezquita de Damasco, donde fueron hechos por artistas griegos, de los cuales aprendieron los árabes. Estos, después, no se sabe cuándo, inventaron los azulejos (*el-suleidsch*), que llegaron á ser una de sus industrias favoritas, porque daba lugar á combinaciones innumerables de formas y de colores brillantes alternando con el oro, la plata, el mármol y las piedras finas. Esta industria se desarrolló rápidamente en España y lo mismo todas las que se refieren á construcciones arquitectónicas, á cuyo desarrollo contribuyeron en gran parte los omniadas, que desde un principio manifestaron gran afición á la edificación, según declara Abderraman en unos versos que dicen: «El monarca que anhela renombre ha de edificar monumentos que después de su muerte proclamen su grandeza. Ya ves, erguidas se conservan las pirámides, y ¡cuántos reyes han dejado este mundo! Las construcciones grandes, sólidamente cimentadas, anuncian ideas grandes en sus fundadores.»

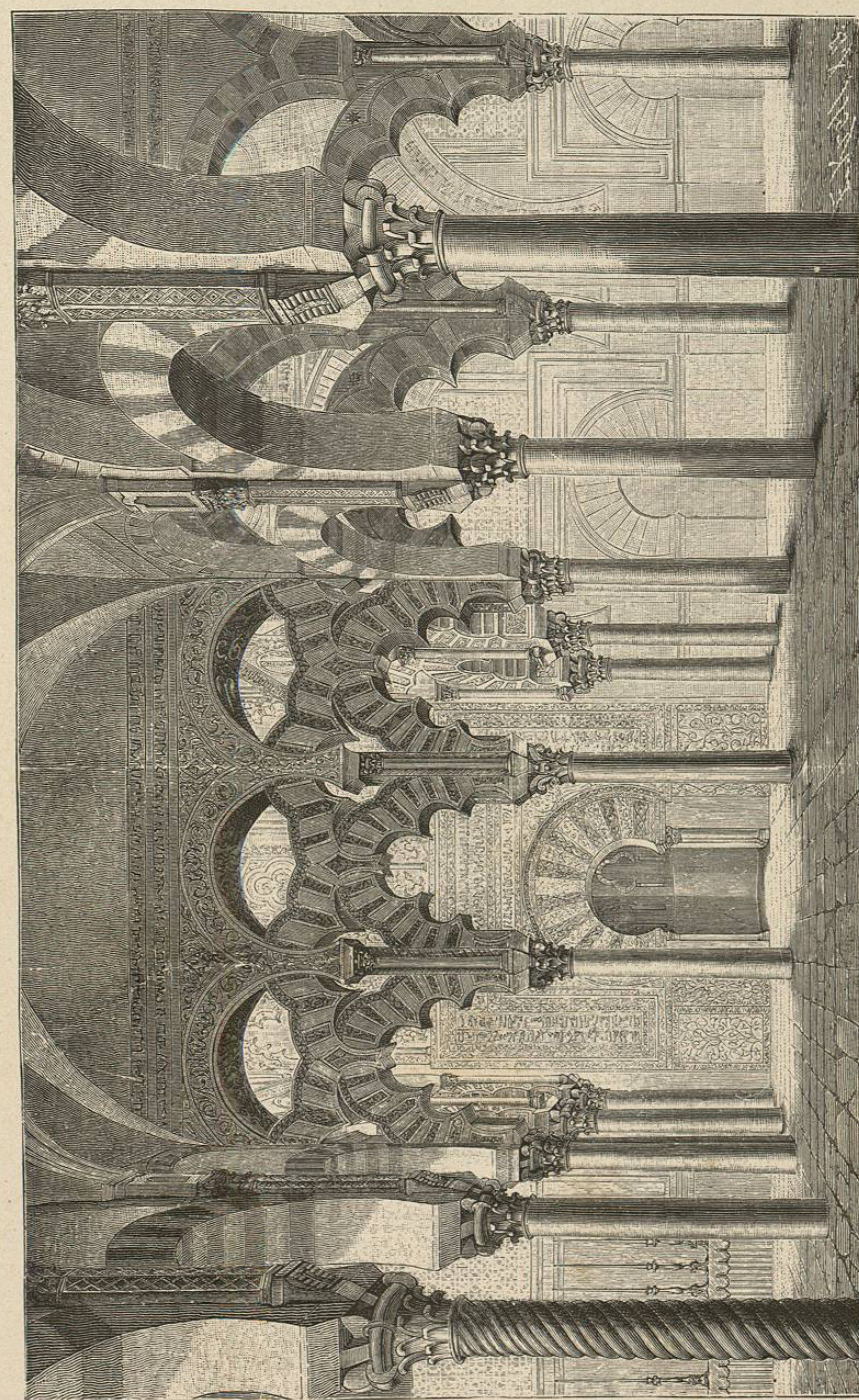
En efecto, los omniadas realizaron cosas grandes, y hoy solo queda la mezquita de Córdoba como testigo de sus «grandes ideas» y de su poderío. Fundador de este monumento fué Abderraman I, y sus sucesores Hixam, Abder-

(1) Esta observación basta por sí sola para rebatir la especie de que de los arcos árabes nació el arco apuntado gótico y que cuando menos existe entre éstos y aquéllos una afinidad, como pretende Amari en su *Storia dei Musulmani di Sicilia*, Florencia, 1872.

raman II, el avaro Mohammed y Abdallah continuaron, completaron y ensancharon la obra; Abderraman III añadió un minarete, como ya sabemos, pero mas que todos hizo Hakam II, pues prolongó las once naves que encontró construidas hasta 105 brazas (2); y como esta prolongación exigía un nuevo *mejrab*, hizo construir también: todo esto sin contar una ornamentación riquísima. Después vino Almanzor, el célebre ministro y regente en nombre del hijo de Hakam, que añadió á la mezquita ocho naves, de suerte que hubo 19 con 33 naves trasversales, sostenidas por mas de 1,400 columnas; pero siempre corresponde á Hakam la gloria principal de este edificio grandioso, que todavía hoy inspira respeto. Reconociendo en toda su magnitud el mérito de este y de los demás soberanos de su familia, debemos también hacer justicia á los ignorados arquitectos y artistas que concibieron y ejecutaron las ideas artísticas de la citada mezquita y de los demás monumentos, palacios y mezquitas que aquellos soberanos mandaron levantar y que hoy ya no existen. Estos arquitectos y artistas no eran de raza árabe, sino española, porque cuando Abderraman I emprendió la construcción de la mezquita de Córdoba todo guerrero árabe habría creído rebajarse ejerciendo el arte de arquitecto, que para ellos era un oficio manual como cualquiera otro. Todas las personas que han visitado aquel edificio están conformes en que lo que mas aumenta la impresión de maravilloso que causa el interior, á pesar de estar reducido á las dos terceras partes escasas el número de las columnas, es la disposición de éstas al tresbolillo, que las hace aparecer en mayor número de lo que son. Esta disposición debía de estar ya en uso cuando se adoptó para la mezquita de que se trata, y de consiguiente era concepción del arquitecto español (3) que dirigió la obra. Debe, pues, buscarse la causa verdadera de esta particularidad en la fusión de los genios semítico é indo-germánico, que dió también á la poesía hispano-árabe, según vimos, su encanto particular. Ya se comprende que habrá influido en el desarrollo sucesivo de la arquitectura y de las industrias artísticas ó suntuarias el gusto de las clases árabes, que estuvieron siempre en relación con el Oriente, mientras por otro lado las grandes construcciones de Abderraman III y Hakam dieron ocasión abundante para ejercitar, desarrollar y perfeccionar las prácticas de los arquitectos, artistas y artesanos; pero esto no obstante, si no hubiesen existido en la clase media española bien que mahometana de Córdoba y de otras ciudades artistas que aun conservaban tradiciones industriales de la época cristiana anterior, que se adaptaron á las necesidades y usos de los conquistadores, no hubiera adquirido el arte hispano-árabe los rasgos propios, la gracia y magnificencia que lo distinguen de sus rivales. Aun dando de barato que todos los años inmigraran entre otros orientales en España muchos artistas sirios, persas del Irak y hasta bizantinos, debían ya existir los elementos primeros, el sesgo que tomó su desarrollo y el conjunto á que llegaron en la población del país, en cuyo suelo radican los monumentos. Hoy mira la generalidad del pueblo español como extranjera é indiferente los monumentos, que como obra de moros paganos le son mas sospechosos que gratos, y no llegan á conmoverle; lejos está de sospechar que lo mismo la catedral de Córdoba que la de Burgos son obra de sus

(2) Una braza equivale á 1'9 metros aproximadamente; 105 brazas, pues, es igual á 200 metros; será entre todas las once naves, pues la longitud total es de 195 metros.

(3) Tanto en la mezquita de la Meca como en la de Amr del Cairo están colocadas las columnas en hileras que forman ángulo recto á juzgar por los planos que tenemos á la vista; por manera que no puede admitirse la disposición de tresbolillo como especialmente árabe.



El Mihrab en la mezquita de Córdoba

antepasados, que elevaron la primera cuando la capital de la civilización mas adelantada, material é intelectual y artística del mundo entero, en Oriente y Occidente, era Córdoba.

CAPITULO IV

LOS REGENTES Y LA GUERRA CIVIL

Los que estudian la filosofía de la historia divergen en sus opiniones respecto de las fuerzas que provocan y determinan el desarrollo de los pueblos y de su historia; segun unos, cuanto notable sucede se debe á la iniciativa de un genio poderoso que concibe y ejecuta; segun otros, los sucesos son efecto de grandes y profundas corrientes que agitan el espíritu de los pueblos, sin que éstos acierten á explicarse la causa, y que en un momento dado salen de su cauce, arrojan todos los obstáculos y se imponen, llevando con fuerza irresistible al pueblo hácia su destino ineludible; para otros finalmente se reduce todo á la cuestion de subsistencia. La contradicción que existe entre estas opiniones no es en el fondo sino la tan sabida que existe entre el acaso y la fuerza ineludible de los sucesos ó sea del destino; son eslabones de la cadena infinita de la existencia, eslabones que el individuo toma en la mano y los contempla y estudia sin poder comprender el conjunto ni la conexión de las partes. Toda persona que, para usar la expresión de un antiguo romano, desea sentirse tal y distinguirse de los brutos, trata de formarse una idea, aunque modesta, del mundo y de su marcha; pero el genio superior cuya potencia y abundancia de ideas impulsa y dirige á los demás, puede atreverse á fundar con la idea que del mundo se ha formado, un sistema completo de la historia en general, aunque violente las cosas en algunos accidentes. No hay duda que fué menester un hombre tan grande como Abderraman III para formar un solo pueblo con españoles y árabes, tan reñidos por su religion y nacionalidad; y es igualmente cierto que no obstante estas condiciones opuestas, la corriente empujaba en aquella época á la unidad y á la fusión; pero yo no he podido emprender la construcción de una conexión interior entre ambos extremos, y ahora que paso á narrar la decadencia de un imperio tan floreciente, tengo que apelar también á la descendencia del lector por una falta análoga. La iniciativa del genio nacional, tan vigorosamente desplegado, empezó á perder su empuje, ó para decirlo en términos vulgares: los musulmanes españoles se cansaron de la buena vida, que les duraba ya demasiado tiempo, ó, si se quiere, en el momento crítico no se presentó ningún gran genio nuevo, porque ambas opiniones están justificadas. Basta de reflexiones, voy narrando.

A los 60 años de edad tuvo el califa Hakam II, á principios del año 364 (fines de 974), un ataque de apoplejía que sin paralizarle completamente le obligó á dejar el gobierno casi totalmente á su primer visir Scha'afar El-Móshafi. A pesar de no ser éste hombre muy á propósito para gobernar, pues debía su elevado puesto mas á su talento y conocimientos literarios que á otros méritos, marchaba la cosa pública como antes, fuera de algunas vicisitudes en Africa y Aragon que denotaban algún decaimiento de la energía del gobierno en los confines del imperio. La cuestion era lo que sucedería cuando el monarca, que iba decayendo rápidamente, cerrase los ojos para siempre. Siendo ya de edad avanzada, tuvo la dicha de ser padre; su esposa favorita Sobha, ó sea Aurora, hermosa vascongada, le habia dado en 351 (962) su primer hijo, que recibió el nombre de Abderraman, y en 354 (965) el segundo, llamado Hixam. El primero murió muy pequeño, y el segundo tenia diez y seis

años cuando el califa sintió aproximarse su fin. Grandes fueron sus temores al pensar en la facilidad con que los grandes del imperio, eslavos como árabes, desde el momento que no sintiesen la mano fuerte del soberano podian hacer al niño juguete de sus intrigas ó quizás víctima de su ambición. A pesar de estos temores, y aunque tal vez meditó sobre la inconveniencia de dejar á un niño á la cabeza del país, al cual, como todos los soberanos de Oriente y otros que no son del Oriente, miraba como propiedad y patrimonio suyo, no pudo resistir al deseo de nombrarle sucesor. Decidido como estaba, reuniendo toda la energía que le quedaba, tomó cuantas disposiciones le parecieron conducentes á asegurar á su hijo Hixam el reconocimiento de sus súbditos, y algo debió de tranquilizarse cuando recibió en nombre de su hijo el pleito homenaje de los altos dignatarios, como aprobación de su decision de no apartarse de la costumbre de la sucesión directa que seguian los omniadas españoles desde Abderraman I, el cual debió de sentir envidia de sus enemigos mortales los fatimitas, que tenian á su favor el dogma siita que impone la sucesión directa en la dignidad de califa. Algun antepasado suyo habia tenido la buena idea de hacer correr en el pueblo la profecía de que cuando se faltase á esta costumbre acabaría la dinastía. Esta profecía habia llegado á ser popular, pero á pesar de ella no podia asegurarse que la última voluntad del moribundo seria respetada y ejecutada, porque todo dependia de la lealtad y del capricho de los altos funcionarios, del talento de Aurora y especialmente de la suerte. A pesar, pues, del gran poderío y apogeo del imperio, nada estaba asegurado cuando Hakam II expiró el día 3 de Safar de 366 (1.º de octubre de 976).

Habia entonces en la corte dos partidos: comprendia el uno los eslavos eunucos y guardias, que en número de mil estaban mandados por Schandhar y Faik, guardias de la persona del califa, y en los cuales éste podia tener confianza completa, pero que por lo mismo se habian viciado en extremo; y formaban el otro partido los funcionarios hispano-árabes, á cuya cabeza estaba el primer visir Móshafi (1), bien que no era el verdadero jefe del partido, por engreído que estuviere de tener en su mano todos los resortes del gobierno. El alma verdadera del partido era el mayordomo de palacio Mohammed Ibn Abi Amir, personaje á quien nos importa ahora dar á conocer. Descendiente de una tribu árabe noble, aunque no particularmente notable, era uno de aquellos hombres que á primera vista deben su encumbramiento á un capricho de la fortuna, pero que al examinar las cosas detenidamente se ve que lo han debido en gran parte á su propio mérito. Su familia, establecida en la provincia de Algeciras, donde tenia un viejo castillo y algunas aranzadas de tierra, envió al hijo á completar su instrucción á la universidad de Córdoba, donde estudió el derecho; pero siendo pobre, tuvo que ganarse la vida redactando memoriales y otros escritos para los particulares hasta que logró entrar de escribiente en el tribunal de la capital, sin esperanza de hacer gran carrera. Mohammed Ibn es-Salim, el cadí de Córdoba y por lo mismo el primer magistrado de todo el país, era jurisconsulto eminente y práctico en los asuntos públicos, y bajo su dirección un joven inteligente podia llegar á ser algo; pero Mohammed Ibn Abi Amir no le gustaba, y no faltó quien creyera tocado de la cabeza al escribiente. En efecto, se referia del tiempo en que estudiaba una anécdota que recuerda aquella otra del visir Nizam El-Mulk que referimos ya en su lugar. Hallábase Ibn Abi Amir un día con

(1) Móshafi era berberisco, pero en oposición á los eslavos pertenecía al partido nacional.